

Capítulo Uno

IRA Y PERFECCIONISMO

Eneatipo I

1. Núcleo teórico, Nomenclatura y Lugar en el Eneagrama

"Podemos considerar la ira de tres maneras" -dice Tomás de Aquino en sus *Quaestiones Disputatae*:- "En primer lugar, una ira que reside en el corazón (*Ira Cordis*); también, en tanto que fluye en palabras (*Ira Locutionis*) y, en tercer lugar, en cuanto que se convierte en acciones (*Ira Actionis*)". Este examen apenas da una idea de las características del tipo perfeccionista tal y como lo retrataremos aquí. Sí, hay ira en el corazón, sobre todo en forma de resentimiento, pero no tan prominente como la ira que puede experimentar el lujurioso, el envidioso o el cobarde. En cuanto a la conducta verbal, es más característico del tipo iracundo ser *controlado* en la expresión de la ira en cualquiera de sus formas explícitas: estamos en presencia de un tipo civilizado, de buen comportamiento, no de un tipo espontáneo. Por lo que se refiere a la acción, los individuos del eneatipo I expresan ira, aunque lo hacen sobre todo inconscientemente, no sólo para sí mismos, sino para los otros, pues lo hacen de una forma que es típicamente racionalizada. De hecho, gran parte de esta personalidad puede entenderse como una formación reactiva contra la ira: una negación de la destructividad mediante una actitud deliberadamente bienintencionada.

La definición de Oscar Ichazo de la ira como "oposición a la realidad" tiene el mérito de fijarse en una cuestión más básica que el sentimiento o expresión de la emoción. Más aún, puede ser útil señalar desde el principio que la etiqueta "tipo iracundo" es escasamente evocadora de las características psicológicas típicas del tipo de personalidad en cuestión, que es crítico y exigente, más que conscientemente odioso o grosero. Ichazo llamó a este eneatipo "ego-resent", que parece un retrato psicológicamente más exacto de la disposición emocional que implica: de protesta y de

exigencias asertivas, más que de mera irritabilidad. En mi propia experiencia docente, comencé llamando a la fijación de este carácter "bondad intencional"; más tarde pasé a llamarla "perfeccionismo". Esto parece apropiado para designar un rechazo de lo que es, en función de que se siente y cree que debería ser.

Los autores cristianos que compartían una conciencia de la ira como pecado capital, es decir, de la ira como uno de los obstáculos básicos para la auténtica virtud, en su mayoría parecen no haber advertido que es precisamente bajo la apariencia de virtud como la ira inconsciente encuentra su forma de expresión más característica. Una excepción la constituye San Juan de la Cruz, quien en su *Noche Oscura del Alma*, al describir el pecado de la ira en los novicios espirituales, escribe con exactitud caracterológica:

"También hay otros de estos (principiantes espirituales) que caen en otra manera de ira espiritual, y es que se airan contra los vicios ajenos con cierto celo desasosegado, notando a otros, y a veces les dan ímpetus de reprehenderlos enojosamente, y aun lo hacen algunas veces, haciéndose ellos dueños de la virtud. Todo lo cual es contra la mansedumbre espiritual". Y añade: "Hay otros que cuando se ven imperfectos, con impaciencia no humilde se airan contra sí mismos: acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrían ser santos en un día. De éstos hay muchos que proponen mucho y hacen grandes propósitos, y como no son humildes ni desconfían de sí, cuantos más propósitos hacen, tanto más caen, y tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar a que se lo dé Dios cuando fuere servido".

En conjunto, éste es un carácter bien intencionado y excesivamente virtuoso que surge como una defensa frente a la ira y la destructividad. Sería erróneo, sin embargo, concebirlo como un carácter violento, pues, por el contrario, presenta un estilo interpersonal supercontrolado y supercivilizado. Resulta llamativo, además, en este estilo su tendencia a estar en desacuerdo, tanto con respecto a los otros como frente a la experiencia general. Si toda forma de carácter puede ser considerada como una interferencia con el instinto, la orientación anti-instintiva de este estilo "puritano" resulta de lo más sorprendente. Un adjetivo apropiado para este carácter (que le es aplicable más allá de la banda explícitamente enferma del espectro de la salud mental) es el de perfeccionista, pues a pesar de que quienes representan otros estilos caracterológicos pueden tacharse adecuadamente a sí mismos de "perfeccionistas", es aquí donde la orientación al perfeccionismo sobresale de modo indudable. Ello implica una obsesión por mejorar las cosas, que se traduce en empeorar la propia vida y las de los demás, y un concepto cerrado de la perfección que se basa en comparar todo suceso o experiencia con un código preestablecido de valores, modelos, ideas, gustos, normas, etc.

El perfeccionismo no sólo ilustra el hecho de que lo mejor es enemigo de lo bueno (y que la búsqueda de lo óptimo es enemiga de lo mejor), sino que podemos decir que, en el orden cognitivo, implica una tendencia al desequilibrio en las lealtades que se deben al placer y al deber, a la seriedad y a la frivolidad, al trabajo y al juego, a la deliberación madura y a la espontaneidad infantil.

De un modo más coloquial, he caricaturizado a este carácter subtitulándolo como "La Virtud Enojada", etiqueta que ofrece la ventaja de incluir tanto el aspecto emocional (ira o enojo) como el cognitivo (perfeccionismo).

Aunque aprecio personalmente el replanteamiento que hace Erikson de la analidad, considerándola como un tema relacionado con la autonomía, propio de la etapa de aprendizaje del control de los esfínteres y del caminar, creo que corresponde a Abraham y Freud el honor de haber sido los primeros en llamar la atención sobre la conexión existente entre la prohibición de ensuciarse y la obsesión por la limpieza.¹

El tipo iracundo no está situado ni en la esquina esquizoide ni en la histeroide del eneagrama, sino como uno de los tres caracteres que se agrupan en la esquina superior caracterizada por la "pereza psicológica". En mi experiencia, el hecho de que muchos obsesivos se declaren a sí mismos como extrovertidos apoya justamente lo contrario, ya que tal afirmación no hace sino revelar su carencia de penetración psicológica, pues son más bien extrovertidos senso-motores con un ideal de sí mismos introvertido, lo cual forma parte de su refinamiento y valores intelectuales. La posición que ocupa en el Eneagrama el eneatispo I, entre los eneatispos IX y II, invita a considerar al carácter perfeccionista no sólo como "anti-intraceptivo"², sino también como orgulloso. De hecho, la palabra orgullo se usa algunas veces para describir la actitud aristocrática y altiva del perfeccionista, más que para designar la del tipo que aquí se designa como "orgulloso", cuyo orgullo no se apoya tanto en considerarse respetable y admirable cuanto en la conciencia de ser necesitado, amado y alabado como alguien muy especial.

El repaso de muchos miles de incursiones en la literatura, que he realizado desde el año 1960 hasta ahora, me lleva a la conclusión de que el estilo de carácter más comúnmente descrito en ella es el de la personalidad obsesivo-compulsiva. Imagino que ello puede deberse al hecho de ser la que presenta unos contornos más claramente reconocibles, pero pienso también, no obstante, que una cierta confusión se ha deslizado en el uso del término "anancástico", palabra con que se designa frecuentemente en Europa al trastorno obsesivo-compulsivo. Asimismo, con respecto al síndrome que el psicoanálisis designa como "personalidad anal", creo que unas veces este término ha sido aplicado al obsesivo-compulsivo propiamente tal, y otras veces a individuos esquizoides de tipo obsesivo pero más controlados.³ En mi experiencia, es la personalidad esquizoide la que encontramos más frecuentemente como trasfondo de obsesiones y compulsiones ego-distónicas, y no la obsesiva, en la que la preocupación por la limpieza y el orden son ego-sintónicas.⁴

¹ Abraham, Karl, Leonard y Virginia Woolf, editores, "Selected Papers on Psychoanalysis" (London, Hogarth Press, 1965).

² Henry Murray usa este término para designar una motivación dirigida a evitar la introspección.

³ El hecho de que se haya confundido a los eneatispos I y V expresa, en mi opinión, la semejanza existente entre ellos más allá de sus características distintivas. También puede hablarse de una cierta semejanza entre los caracteres representados en las otras dos antípodas del Eneagrama: IV-VIII y VII-II.

⁴ Jerga psiquiátrica empleada para designar determinadas características psicológicas que el individuo considera aceptables o no desde el punto de vista de su propia conciencia de sí. Kurt Schneider describe el término "anancástico" como una forma dentro de la categoría más amplia de "inseguro", que corresponde por lo general a lo que en EE.UU. se da el nombre de esquizoide. Ver también más abajo mis propios comentarios sobre la descripción que hacen Karl Abraham y Wilhelm Reich de los caracteres anal y obsesivo.

2. Antecedentes en la Literatura Científica sobre el Carácter.

Según Kurt Schneider, en su libro "*Las Personalidades Psicopáticas*"⁵, fue J. Donath quien introdujo el concepto de personalidades anancásticas en 1897. En los primeros años veinte, Schneider escribía que la literatura sobre "los estados obsesivos es casi imposible de abarcar", pero no llega a establecer una clara distinción entre lo que hasta hace poco se llamaba neurosis obsesiva⁶ y la personalidad obsesiva. Aunque no cabe duda de que estaba familiarizado con nuestro "perfeccionista" y de que tenía in mente la imagen de este carácter al escribir parte del capítulo que dedica al "inseguro"⁷, el hecho mismo de que contemplara al carácter anancástico junto con el "sensible" como variedades de la actitud insegura, me hace pensar que se quedó prendido en la misma confusión que más tarde se hizo patente en el concepto de personalidad anal: la confusión entre nuestro perfeccionista y el esquizoide, que tienen algunas características en común si bien contrastan marcadamente en otros aspectos.

Al leer lo que Von Gebsattel escribe sobre la personalidad anancástica⁸, tengo la clara impresión de que en lo que está pensando es en una forma esquizoide de obsesividad, lo que me inclina a creer que la confusión sigue manteniéndose hasta el día de hoy. Puesto que el ICD-IX⁹, que aún no ha sido reemplazado por el DSM-III en algunos países, incluye el sistema de clasificación de Schneider relativo a la personalidad, es oportuno señalar que en esta clasificación no hay lugar para nuestro perfeccionista, excepto tal vez como una variedad del "inseguro". Aunque teóricamente quepa concebir el exceso de formalismo como una reacción frente a una mayor inseguridad de fondo, la terminología induce a una mayor confusión, pues difumina el claro contraste existente entre la asertividad propia de nuestro eneatipo I y el tímido retraimiento del eneatipo V situado en la otra antípoda.

"Sobre la psicología expresiva del anancástico, debemos decir que a menudo resulta chocante en lo exterior su meticulosidad, pedantería, corrección y escrupulosidad exageradas."

Podemos decir que en el campo de la literatura psicológica el tipo de persona de que estamos tratando fue, entre todos los modelos de personalidad, el primero en ser observado, concretamente en el famoso ensayo de Freud sobre el carácter anal. Karl Abraham recogió de aquí,

⁵ Ediciones Morata, Madrid, 1961.

⁶ Llamada hoy día "enfermedad obsesiva" en el DSM III.

⁷ Término usado en alemán.

⁸ Von Gebsattel, V.E., "*The World of the Compulsive*" en *Existence: A New Dimension in Psychiatry and Psychology*, editado por Rollo May (New York, Basic Books, 1959)

⁹ *International Classification of Diseases*, 9ª edición (Salt Lake City, UT, Med-Index Publications, 1991).

elaborándola ulteriormente, la idea del carácter anal¹⁰, a la que se refiere comenzando por hacer un breve resumen de las observaciones de Freud:

"Freud ha afirmado que algunos neuróticos presentan tres rasgos de carácter particularmente agudizados, a saber, un amor por el orden que a menudo acaba en pedantería, una mezquindad que fácilmente se convierte en roñosería, y una obstinación que puede desembocar en irritada rebeldía. Entre sus observaciones originales figura la de que las personas con un pronunciado carácter anal generalmente están convencidos de que pueden hacerlo todo mejor que los demás: ellos mismos deben hacerlo todo."

La siguiente aportación importante en orden a la comprensión del eneatipo I proviene de Reich, quien a este respecto escribe¹¹:

"Aunque no esté presente el sentido neurótico-compulsivo del orden, es típico del carácter compulsivo una pedante estimación del orden." "Tanto en lo grande como en lo pequeño, vive su vida de acuerdo con unas pautas preconcebidas e irrevocables..."

Reich señala además la presencia circunstancial de pensamiento caviloso, indecisión, duda, y desconfianza, ocultos bajo una apariencia de firme reserva y dominio de sí mismo. Se muestra de acuerdo con la observación de Freud respecto a su mezquindad, especialmente en forma de frugalidad, y comparte también su interpretación de este carácter como un derivado del erotismo anal. Más importante me parece, sin embargo, el hecho de que resalte lo que podría considerarse como el lado opuesto del autodomínio: el bloqueo emocional.

"Su predisposición en contra de los afectos viene dada por su extrema inaccesibilidad a ellos. Por lo general, tanto en sus muestras de amor como de odio, se comporta de modo ecuánime y tibio. En algunos casos, esto llega a convertirse en bloqueo afectivo total."

No es sorprendente que Freud y otros hayan destacado más el aspecto de la tacañería que el de la ira en el "carácter anal", pues la cicatería y la austeridad son rasgos comportamentales, mientras que la ira pertenece fundamentalmente a la esfera de la motivación inconsciente de la personalidad a que nos estamos refiriendo. No obstante, aunque la tendencia a economizar y a amasar riqueza puedan estar presentes en el eneatipo I, yo creo que Freud, Abraham y Reich, al tratar del carácter anal, estaban inadvertidamente juntando dos síndromes diferentes: dos síndromes (nuestros dos eneatispos de ira y de avaricia) representados en las antípodas del eneagrama, pero que comparten la cualidad de ser ambos rígidos, controlados e impulsados por el superego.¹²

¹⁰ Abraham, Karl, obra cit.

¹¹ Reich, Wilhelm, "Análisis del Carácter", ed. Paidós, Buenos Aires, 1965.

¹² En apoyo de esta opinión está el hecho de que algunos de los rasgos atribuidos por Abraham y otros al "carácter anal", como, por ejemplo, el convencimiento de poder hacer todo mejor que nadie,

Mientras que el "carácter anal" es un concepto bastante ambiguo, encontramos en Wilhelm Reich la descripción de una forma de personalidad que se corresponde más estrictamente con la de nuestro perfeccionista: es el caso del "carácter aristocrático", al que se refiere en su "*Análisis del Carácter*" como soporte de algunas de sus ideas generales acerca de la función del carácter. En la descripción de su paciente se refiere a su "semblante reservado" y a su aire serio y arrogante:

"Llamaba la atención su andar noble y mesurado [...] era evidente que evitaba -o escondía- toda muestra de odio o de agitación [...] su discurso era equilibrado y bien construido, suave y elocuente [...] Sentado en el sofá, había pocos cambios, si es que había alguno, en su compostura y refinamiento[...]"

"Tal vez fue sólo una insignificancia [...] el que un día se me ocurriera tildar de *aristocrático* este comportamiento", comenta. "Le dije que estaba interpretando el papel de un lord inglés", prosigue, y acaba lucubrando acerca de este paciente, que nunca se había masturbado en su pubertad, que su actitud aristocrática le servía de defensa frente a la excitación sexual: "un noble no hace ese tipo de cosas."

El síndrome al que nos venimos refiriendo se define hoy en día en el DSM-III¹³ americano como un desorden compulsivo de la personalidad. Este manual ofrece las claves siguientes para el diagnóstico de este tipo de personalidad:

1. Afectividad restringida (por ejemplo, apariencia no relajada, tensa, adusta, falta de alegría; la expresión emocional se mantiene bajo estricto control).
2. Autoimagen de seriedad (v.g., se considera a sí mismo como trabajador, eficiente y digno de confianza; valora la autodisciplina, la prudencia y la lealtad).
3. Respetuosidad interpersonal (por ejemplo, muestra una adhesión poco corriente a los convencionalismos y usos sociales; prefiere las relaciones personales educadas, formales y correctas).
4. Estrechamiento cognitivo (así, concibe el mundo en términos de normas, reglamentaciones, jerarquías; es falto de imaginación, indeciso, y le disgustan las ideas y costumbres novedosas ajenas a lo establecido).

corresponden al eneatispo I, mientras que otros, como el dejarlo todo para mañana, son típicos del eneatispo V. También me parece significativo el hecho de que la expresión "personalidad compulsiva", originalmente equivalente a la de "carácter anal", ha venido a aplicarse al eneatispo I en América, mientras que en Europa, por lo general, se predica del eneatispo V. (Ver, por ejemplo, el análisis de Von Gebattel sobre el tipo anancástico, que se incluye en "*Existence*" de Rollo May.)

¹³ Con la abreviatura DSM-III nos referiremos en este libro al "*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*", 3ª edición revisada (Washington, D.C., American Psychiatric Association, 1987).

5. Rigidez de comportamiento (así, por ejemplo, mantiene un ritmo de vida bien estructurado, altamente reglamentado y repetitivo; muestra preferencia por el trabajo organizado, metódico y meticulado).

Sigue ahora la imagen que de los rasgos comportamentales de la personalidad compulsiva nos proporcionan estas palabras de Theodore Millon¹⁴:

"El talante adusto y apagado de los compulsivos es, con frecuencia, de lo más llamativo. Ello no quiere decir que invariablemente estén abatidos o cabizbajos, pero sí en cuanto que transmiten un aire característico de austeridad y seriedad. Su postura y movimientos reflejan la tirantez subyacente, un tenso control que mantiene bien frenadas las emociones... La conducta social de los compulsivos puede tildarse de educada y formal. Se relacionan con los demás en términos de rango o de status; esto es, tienden a ser autoritarios más que igualitarios en sus manifestaciones."

"Esto queda reflejado en el contraste que ofrece su comportamiento con los «superiores» frente al que adoptan con los «inferiores». Quienes tienen una personalidad compulsiva se muestran deferentes, halagadores e incluso obsequiosos con sus superiores, esforzándose por impresionarles con su eficacia y seriedad. Muchos buscan sentirse reasegurados y aprobados en su posición. Estos comportamientos contrastan marcadamente con las actitudes que adoptan frente a sus subordinados. Aquí el compulsivo se comporta de un modo altamente autocrático y condenatorio, que a menudo comporta aires pomposos y de superioridad. Esta actitud altiva y menospreciadora se resguarda generalmente en la apelación a normas y regulaciones. Típicamente, el compulsivo justificará sus intenciones agresivas recurriendo a normas o superiores que están por encima de ellos mismos."

En el último testimonio elaborado que nos dejó de su experiencia clínica, en "Neurosis y Crecimiento Humano"¹⁵, Karen Horney agrupa juntos tres tipos de carácter bajo la etiqueta común de "las soluciones expansivas". Son enfoques de la vida fundados en una actitud de dominio, en los que el individuo adopta tempranamente en la vida, como forma de solucionar sus conflictos, una estrategia consistente en "ir contra" los demás (en contraste con las orientaciones de aquellos que seductoramente "se mueven hacia" o de quienes temerosamente "se apartan de" los otros). A una de esas tres formas de "soluciones dominadoras" (o de "ir en contra") llama ella "perfeccionista", y aunque la describe refiriéndose a los tipos descritos anteriormente en la literatura como "anal" y "compulsivo", hace, no obstante, una aportación substancial a la comprensión psicodinámica del síndrome en cuestión. Estas son sus palabras:

3030

"Este tipo se siente superior en base a la elevación de sus criterios morales e intelectuales, y desde esa altura mira a los demás hacia abajo. El arrogante desprecio que siente por los demás permanece oculto a sí mismo bajo el disfraz de una actitud distante pero

¹⁴ Millon, Theodore, *"Disorders of Personality: DSM-III: Axis II"*, (New York, John Wiley & Sons, 1981).

¹⁵ Horney, Karen, *"Neurosis and Human Growth"*, New York, W.W. Norton & Co., 1990).

educadamente amistosa, porque sus mismos criterios le prohíben un sentimiento tan *irregular*. Su forma de tapar el tema de sus «deberías» no cumplidos es doble. Al contrario que el tipo narcisista, él hace tremendos esfuerzos por ponerse a la altura de sus deberías a base de cumplir todo tipo de deberes y obligaciones, de comportarse de forma educada y ordenada, de no decir mentiras evidentes, etc. Cuando hablamos de la gente que es perfeccionista, a menudo pensamos solamente en quienes guardan un orden meticuloso, son en exceso puntillosos y puntuales, tienen que encontrar la palabra justa, o deben llevar la corbata o el sombrero adecuados. Pero éstos son solamente aspectos superficiales de su necesidad de alcanzar el más alto grado de excelencia. Lo que realmente importa no son estos detalles nimios, sino la intachable excelencia de su conducta en todos los órdenes de la vida. Pero, puesto que todo cuanto puede alcanzar es un perfecto comportamiento, necesita de otro engaño. Y éste consiste en considerar equivalentes en su mente los criterios y las actuaciones, el conocimiento de los valores morales y el ser una buena persona... El autoengaño que ello implica permanece tanto más oculto para sí mismo, cuanto que, al referirse a los demás, tiende a exigirles que estén realmente a la altura de sus criterios de perfección, y a despreciarles porque de hecho no lo están. De esta forma externalizan su propia auto-condena."

"Como confirmación de su propia opinión sobre sí mismos requieren de los otros respeto más que ardiente admiración (que tienden a menospreciar). De acuerdo con ello, sus demandas están basadas menos en una «ingenua» creencia en su propia grandeza que en un «pacto» firmado por él secretamente con la vida: si él es justo, cabal, cumplidor, tiene derecho a ser tratado con igual justeza por los demás y por la vida en general. Este convencimiento de que la vida está regida por una infalible justicia le proporciona un sentimiento de dominio. Su propia perfección no es, pues, solamente un medio al servicio de su superioridad, sino que es también un modo de controlar la vida. La idea de una suerte no merecida, sea buena o sea mala, le es ajena. Su propio éxito, su prosperidad o buena salud es, por tanto, menos algo de que disfrutar cuanto una prueba de su virtud."

Podemos entrever la personalidad que estamos considerando en la descripción que hace Jung del tipo reflexivo extravertido¹⁶:

"Este tipo -en cuanto que se trate, naturalmente, de un tipo puro- tiende a subordinar su manifestación vital íntegra a conclusiones intelectuales que en último término se orientan siempre sobre la base de lo objetivamente dado, ya sean hechos objetivos o ideas de validez universal. Este tipo humano otorga, no sólo ante sí, sino ante los que le rodean, el poder decisivo a la efectividad objetiva o a su fórmula objetivamente orientada. Esta fórmula constituye la medida de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo feo. Está bien cuanto responde a esta fórmula y está mal cuanto la contradice, y es contingente cuanto ocurre indiferente al margen de ella. Al presentarse esta fórmula como algo que responde al sentido del mundo, se hace de ella ley del mundo que ha de llevarse siempre a la realidad, tanto en lo particular como en lo universal. El tipo reflexivo extravertido no sólo se subordina a su fórmula, sino que pretende que lo hagan así, por su propio bien, cuantos le rodean. Pues

¹⁶ Jung, C.G., "*Tipos psicológicos*", ed. Edhasa, Barcelona, 1971, vol. II, pp. 108-109.

quien no lo hace, obra mal, contradice la ley del mundo; luego no es razonable, ni moral, ni tiene conciencia. Al tipo reflexivo extravertido su moral le prohíbe tolerar excepciones, pues su ideal ha de llegar a ser realidad por encima de todo, ya que, según a él le parece, se trata de la más pura formulación de la realidad objetiva y ha de ser, por lo tanto, verdad universalmente válida, imprescindible para la salvación de la Humanidad. Y todo ello no por amor al prójimo, sino desde su superior punto de vista de justicia y de verdad. Todo cuanto en su naturaleza se evidencie en contradicción con esta fórmula es simplemente imperfección, fallo contingente que en la primera ocasión será eliminado. Si esto no se logra, es porque se trata de algo enfermizo. Si la tolerancia con los enfermos, con los dolientes y anormales ha de constituir parte integrante de la fórmula, se cuidará de la correspondiente organización, por ejemplo: casas de socorro, hospitales, penitenciarías, colonias, etc., o los planes y proyectos respectivos."

"Para la realización verdadera de tales proyectos no suele bastar el motivo de la justicia y de la verdad: se requiere también el verdadero amor al prójimo, cosa más propia del sentimiento que de una fórmula intelectual. El «realmente habría que» o el «sería necesario» representan aquí un gran papel. Si la fórmula es lo suficientemente amplia, este tipo puede, como reformador, como público admonitor y depurador de las conciencias o como propagandista de innovaciones importantes, jugar un papel en extremo útil para la vida social. Pero cuanto más estrecha sea la fórmula más aparecerá este tipo con las características del gruñón, del razonador, del crítico lleno de suficiencia que quisiera encasillarse a sí mismo y a los demás dentro de un esquema. Quedan así señalados los dos extremos entre los que se sitúa la mayoría de estos tipos."

Dentro de la aplicación de la psicología jungiana al campo de los tests, la descripción que mejor se ajusta a este tipo es la que condensa la abreviatura "ESTJ" (extravertido, con predominio de la sensación sobre la intuición, del pensamiento *-thinking-* sobre el sentimiento, y del juicio sobre la percepción). David Keirse y Marilyn Bates afirman que el adjetivo que mejor resume estos denominadores es el de "responsable".¹⁷

En el campo de la medicina homeopática, la forma de personalidad semejante al eneatipo I viene descrita a propósito de los individuos a quienes ayuda específicamente el uso de *Arsenicum*. Así, en "*Portraits of Homeopathic Medicines*", Catherine R. Coulter describe al tipo *Arsenicum* como "el perfeccionista por excelencia"¹⁸. Al niño *Arsenicum* le describe como de naturaleza seria y concienzuda.

Consecuencias de ese afán de perfección son las que encontramos en la típica persona adulta que necesita repetir su trabajo una y otra vez, sin darse nunca por satisfecho con los resultados, como ocurre con el profesor que pone por escrito una y mil veces sus conferencias, preso de ansiedad por la sensación de no sentirse preparado. Todo ello hace de la disposición

¹⁷ Keirse, David & Marilyn Bates, "*Please Understand Me*", Delmar, CA., Prometheus/Nemesis Books Company, 1984).

¹⁸ Citado con permiso de la autora, Catherine R. Coulter; todos los pasajes que se reproducen en esta sección provienen de "*Portraits of Homeopathic Medicines*", vol. I, Berkeley, CA., North Atlantic Books, 1986.

propia del tipo *Arsenicum* la antítesis misma de la relajación. Otra consecuencia es la manía del orden, y otra más, la autocrítica. También añade una fuerte competitividad que va de la mano de la ambición por ser el mejor.

Otro término que introduce Coulter al describir al tipo *Arsenicum* es el de minuciosidad -aplicada al afán compulsivo de orden-, cuando dice: "[...] Es ultraquisquilloso en todo, intolerante frente a todo tipo de chapucería, se irrita con la menor torpeza, propia o ajena, como romper un plato, volcar una copa, o derramar comida." Otro aspecto de la perfección que se menciona a propósito del tipo *Arsenicum* es la meticulosidad -"concienzudo con las nimiedades." Dice Coulter: "su trabajo deja patente ese particular toque de «acabado» -ese pulido final- que revela una metódica atención al detalle."

Muy característica del eneatispo I es la ansiedad que se describe en conexión con el *Arsenicum Album*, una ansiedad que tiene que ver con la anticipación de desastres y con una maniática meticulosidad que contribuye a hacer del paciente una persona exigente y regida ella misma por la obligación. Un tema frecuente de preocupación para el *Arsenicum*, según Coulter, es el dinero. "Tanto si lo tiene como si no, habla mucho de él, se lamenta frecuentemente de su pobreza o de lo caro que está todo. Su afición al dinero es más fuerte que en la mayor parte de los demás tipos constitucionales, y puede incluso llegar a ser «avaricioso» (Hering)[...]"

Otras características que atribuye Coulter al tipo *Arsenicum* son la tendencia a la hiperintelectualización, la preocupación por "el significado de cada síntoma", y una necesidad de quedar por encima de los demás "que le hace desconfiar hasta del médico a quien va a pedir ayuda". Dice esta autora que mientras "a muchos tipos constitucionales les disgustan las restricciones en la dieta [...] al *Arsenicum* le encanta que le pongan a dieta, y seguirá religiosamente el régimen más espartano. No sólo adopta con placer la última moda nutricional, sino que considera el seguir una dieta especial como un certificado de garantía de su propia seriedad [...]"

Coulter muestra de un modo aún más explícito la correspondencia existente entre la personalidad *Arsenicum* y nuestro eneatispo I, al mencionar un ejemplo sacado de la literatura -el personaje de Dickens en "David Copperfield" Miss Betsey, "cuyo exterior insolente, chinche, y hasta aterrador, esconde una delicadeza e integridad moral altamente desarrollada."

Veo reflejado el eneatispo I no sólo en el *Arsenicum*, sino también en el *Carcinosin* (un remedio "extraído a partir del cáncer de pecho"), en cuanto que, como señala Coulter, viene relacionado con un "paciente que tiene un fuerte historial de control y presión excesiva por parte de sus padres... o un sentido excesivo del deber (Foubister)"¹⁹. Puesto que el *Carcinosin* constituye el tratamiento adecuado para un individuo hiperresponsable, "preocupado" (Templeton), parece estar particularmente relacionado con el sub-tipo perteneciente al eneatispo I y que se caracteriza precisamente por una *ansiedad* perfeccionista hiperresponsable.

3. Estructura del rasgo

¹⁹ Catherine Coulter, obra cit., vol. 2, pp. 242-248.

A continuación, me propongo mostrar algo de la estructura del carácter perfeccionista atendiendo a los rasgos fundamentales que pueden discernirse mediante un análisis conceptual de unos ciento setenta descriptores.

Ira

Más que un simple rasgo entre otros, la «ira» puede considerarse como el transfondo emocional generalizado y la raíz original de esta estructura de carácter. La manifestación más específica de la experiencia emocional de la ira es el resentimiento, que, por lo común, se experimenta en conexión con un sentido de injusticia ante las responsabilidades y esfuerzos que el individuo realiza en mayor medida que los otros. Esto es inseparable de una crítica a los otros (o a las personas que son significativas) por mostrar menos celo y algunas veces conlleva la adopción del papel de mártir. La expresión de ira más visible aparece cuando ésta se percibe como justificada, y en tales ocasiones adopta la forma de una vehemente «justa indignación».

Por otro lado, la ira está presente en forma de irritación, reproche y odio, que permanecen generalmente inexpressados, porque la destructividad percibida entra en conflicto con la virtuosa autoimagen característica de este eneatispo.

Sin embargo, más allá de la percepción de la ira en el plano emocional, podemos decir que la pasión de la ira impregna todo el carácter del eneatispo I y es la raíz dinámica de impulsos y actitudes que trataremos en relación con las restantes agrupaciones: crítica, exigencia, dominación y asertividad, perfeccionismo, exceso de control, autocrítica y disciplina.

Crítica

Si bien la ira consciente y manifiesta no es siempre una de las características más sobresalientes de esta personalidad, los rasgos más comunes de este eneatispo pueden entenderse como derivados de la ira, expresiones de ira inconsciente o equivalentes a la ira. Uno de éstos es el crítica, que no sólo se manifiesta en un explícito achacar culpas, sino que a veces crea una atmósfera sutil que produce en los otros un sentimiento de desasosiego o culpa. La crítica puede describirse como una ira intelectual más o menos inconsciente de su motivo. Digo esto porque, aunque es posible que la crítica aparezca en el contexto de la ira sentida, la cualidad más destacada de esta crítica es un sentido de propósito constructivo, un deseo de mejorar a los otros o a sí mismo. Por tanto, mediante la crítica intelectual no sólo se expresa la ira, sino que se la justifica y racionaliza y, con ello, se niega. Los reproches morales son otra forma de desaprobación perfeccionista y no sólo expresiones de ira, sino una forma de manipulación al servicio de una exigencia no reconocida, por la cual el «yo quiero» se transforma en «tú deberías». Así, la acusación conlleva la esperanza de afectar el comportamiento de alguien en la dirección de los deseos propios.

Una forma específica de crítica en el eneatispo I es el que se refiere al etnocentrismo y a otras formas de prejuicio, en cuyo caso se produce denigración, invalidación y el deseo de «reformular» inquisitorialmente a aquellos que constituyen un grupo diferente al de la propia raza, nación, clase, iglesia, etc.

Exigencia

La exigencia también puede ser entendida como una expresión de ira: una sobreasertividad vengativa en relación a los propios deseos, en respuesta a una frustración temprana. Junto a la exigencia propiamente dicha, podemos agrupar ciertas características que hacen de estos individuos los más disciplinarios, tanto en el sentido de inhibir en los demás la espontaneidad y la búsqueda del placer como en el de exigir un trabajo duro y un cumplimiento excelente. Tienden a sermonear, predicar y enseñar sin considerar si tal papel es adecuado, aunque esta compulsiva característica suya pueda encontrar su lugar en actividades como la de maestro de escuela y predicador.

Junto a esta orientación correctora está la de ser controlador, no sólo en relación a la gente, sino también al aspecto personal o al entorno: un obseso preferirá probablemente, por ejemplo, un jardín muy arreglado, donde las plantas estén claramente ordenadas y los árboles podados con formas artificiales, a otro que comporte una complejidad orgánica «taoísta».

Dominación

Aunque ya implícita en la crítica intelectual, que no tendría fuerza de no estar en un contexto de autoridad moral o intelectual, e implícita también en la característica controladora-exigente-disciplinaria (si no, ¿cómo habría de ser efectiva sin autoridad?), parece apropiado considerar la dominación como un rasgo relativamente independiente, que comprende descriptores tales como un estilo autocrítico, una asertividad solemne y segura de sí, un concepto aristocrático de uno mismo y un comportamiento superior, altivo, desdeñoso y, quizá, condescendiente y protector.

La dominación puede también considerarse como una expresión implícita de la ira o una transformación de ésta, aunque tal orientación hacia una posición de poder implica estrategias subrepticias como las mencionadas, así como un sentido de derecho propio basado en unos altos resultados, en la diligencia, en la proveniencia cultural y familiar, en la inteligencia, etc.

Perfeccionismo

Sin embargo, lo más característico es el hecho de que la búsqueda de supremacía en el tipo iracundo implica el apoyo al sistema moral o jerarquía humana sobre el que se sustenta la autoridad. Se puede decir que el perfeccionista es más obediente a la autoridad abstracta de las normas o funciones que a la autoridad concreta de las personas. También, como señala Millon, «las personas con personalidad obsesiva no sólo se adhieren a las reglas y costumbres sociales, sino que las asumen y defienden vigorosamente».

Este vehemente interés por los principios morales y los ideales no constituye sólo una expresión de sumisión a las exigencias de un fuerte superego, sino que es también, en el plano interpersonal, un instrumento de manipulación y dominio, puesto que estas normas defendidas con tanto ímpetu son impuestas a los otros y, como comentábamos antes, sirven de tapadera para los deseos y exigencias personales. Pero los individuos del eneatispo I no están orientados sólo hacia «la Ley y el Orden» y, siendo ellos mismos obedientes a las normas, también se subordinan a la gente cuya posición de autoridad es incuestionable.

La defensa enfática de las normas y de la autoridad reconocida implica normalmente una orientación conservadora o, en palabras de David Riesman, una tendencia a ser «orientados según la tradición» (rasgo compartido con el eneatispo IX). Es difícil separar, a no ser

conceptualmente, dos aspectos del perfeccionismo: la catexis de los criterios ideales, es decir, la defensa vehemente de las normas; y la «intención perfeccionista», es decir, un esfuerzo por ser mejor. Ambos tipos de «buena intención» mantienen un sentido de bondad personal, amabilidad y desinterés, y distraen al individuo de la percepción preconsciente de la propia personalidad como airada, perversa y egoísta (entre los descriptores reunidos en este grupo, se incluyen «buen chico/a», «gazmoño», «honrado», «justo», «formal», «moral», etc.).

La virtud compulsiva no es sólo un derivado de la ira por funcionamiento de una formación de reacción. También es la expresión de la ira vuelta hacia adentro, porque equivale a convertirse en severo crítico, policía y disciplinario de uno mismo. Del mismo modo, podemos concebir un grupo de rasgos que abarca desde el metodismo y la limpieza hasta una disposición puritana, como forma de evocar afecto a través del mérito y como respuesta a una frustración emocional temprana.

Para el proceso terapéutico, es particularmente importante la comprensión de cómo el perfeccionismo está al servicio de la ira, al impedir su reconocimiento. Más específicamente, al mantener el sentido de derecho propio, está al servicio de la expresión inconsciente de la ira como dominación, crítica y exigencia.

La imagen del cruzado puede servir como paradigma de esta situación: alguien que tiene derecho a romper cráneos en virtud de la excelencia de su causa y de sus nobles aspiraciones.

Cuando la maniobra estratégica es lo bastante visible, hallamos apropiado hablar no sólo de virtud «compulsiva», sino también de virtud «hipócrita», pues aunque, como señala Horney, es característico del perfeccionista un cierto nivel de honestidad, su preocupación obsesiva por lo correcto y lo incorrecto o lo bueno y lo malo implica una deshonestidad inconsciente de su propósito.

A partir del análisis anterior, queda claro que la relación psicodinámica entre la ira y el perfeccionismo es recíproca: así como podemos conjeturar que la estrategia de esforzarse por hacerlo mejor ha sido precedida por la ira en el curso del desarrollo temprano y continúa siendo impulsada por la ira inconsciente, es fácil comprender cómo la misma ira surge continuamente de la propia frustración y de consecuencias interpersonales de la irritante actividad y rigidez del perfeccionista.

Al tiempo que he agrupado bajo la etiqueta única de «perfeccionismo» rasgos que abarcan desde el «amor al orden», el «acatamiento de la ley» y la «orientación a las reglas» hasta el «hacer el bien» y la «educación sumisa», que hacen que estas personas adopten roles paternos o maternos para con los otros, he agrupado separadamente los tres rasgos de «hipercontrol», «autocrítica» y «disciplina». Todos estos rasgos mantienen la misma relación con respecto al perfeccionismo que «crítica», «exigencia» y «dominación» con respecto a la ira perfeccionista dirigida hacia los otros.

Del mismo modo que es difícil separar crítica, exigencia y dominación, el hipercontrol, la autocrítica y la disciplina -tres actitudes hacia uno mismo que constituyen, por así decirlo, la cara oculta del perfeccionismo- están íntimamente relacionados como facetas de una misma disposición subyacente. El perfeccionismo puede ser resaltado, junto con la ira, como un factor dinámico que impregna todo el carácter y como su estrategia de raíz.

Hipercontrol

Lo que la dominación -una transformación de la ira- es a los otros, el autocontrol es al perfeccionismo de uno. El control excesivo de la propia conducta va unido a una rigidez

característica, una sensación de desasosiego, una falta de espontaneidad, con la consecuente dificultad para desenvolverse en situaciones no estructuradas y en las que se requiera improvisación. Para los otros, el hipercontrol puede producir aburrimiento. El control excesivo de la propia personalidad se extiende, más allá de la conducta externa, al funcionamiento psicológico en general, de tal modo que el pensamiento se ciñe excesivamente a las reglas, es decir, se vuelve lógico y metódico, con pérdida de la creatividad y lagunas en la intuición. Por otra parte, el control sobre los sentimientos conduce no sólo a un bloqueo de la expresión emocional, sino incluso a la alienación de la experiencia emocional.

Autocrítica

Lo que la crítica de los demás es a la ira, la autocrítica es al perfeccionismo. Aunque puede que el menosprecio de sí mismo no sea aparente para un observador externo y tienda a permanecer oculto tras una imagen virtuosa y digna, la incapacidad de aceptarse a sí mismo y el proceso de autodenigración no constituyen sólo la fuente de una frustración emocional crónica (y una ira inconsciente), sino también un fondo psicodinámico siempre presente de necesidad perfeccionista de poner más ahínco en busca del mérito.

Disciplina

Lo que la exigencia iracunda es a la ira, una autoexigencia implícita, odiosa y explotadora es al perfeccionismo. Más allá del «hacer el bien» propiamente dicho, es decir, una orientación hacia la corrección y las ideas morales, la autoexigencia implica una voluntad de esforzarse a expensas del placer, lo que hace que los individuos del eneatipo I sean trabajadores y disciplinados, a la vez que excesivamente serios. Y al igual que se puede apreciar un elemento vengativo en las exigencias interpersonales, se puede apreciar un elemento masoquista en el aplazamiento del placer y de los impulsos naturales, porque, más allá de una mera subordinación del placer al deber, el individuo desarrolla, en mayor o menor medida, una disposición «puritana» de oponerse al placer y al juego del instinto.

4. Mecanismos de defensa

Existe amplio acuerdo sobre la estrecha relación de los mecanismos de formación reactiva, reparación y compensación con la obsesividad. Los tres constituyen variantes de un único patrón de hacer algo bueno para sobrecompensar el sentimiento de que algo estuvo mal. Me concentraré en el de formación reactiva, puesto que los de reparación y compensación están relacionados más específicamente con los síntomas de la neurosis obsesivo-compulsiva, mientras que el de formación reactiva puede considerarse el más universal de los tres y el más estrechamente ligado a la personalidad obsesiva o carácter perfeccionista.

La noción de formación reactiva fue propuesta por Freud ya en 1905 en su obra *Tres ensayos para una teoría sexual*, donde observó que existen «fuerzas psíquicas opuestas» que surgen a fin de suprimir sensaciones incómodas, mediante el accionamiento de «la repugnancia, la

modestia y la moralidad». Como es bien sabido, su interpretación plantea que el impulso de manchar durante la etapa anal sádica del desarrollo del niño es rechazado mediante la repugnancia, lo que induce a una excesiva preocupación por la limpieza. Pienso que la consideración de la personalidad obsesiva sugiere que la formación reactiva no es sólo una cuestión de encubrimiento de una cosa con la contraria, sino una distracción de la conciencia de ciertos impulsos mediante *actividades contrarias*. Aunque no sea exactamente una cuestión de que la *acción moralmente aprobada* sirva para distraer a la persona de la conciencia de sexualidad y rebeldía airada, podemos afirmar que es la *intención* -es decir, la disposición a la acción- lo que cumple la función de reprimir las emociones.

Podemos decir que la formación reactiva subyace y es también el funcionamiento mental por el que la energía psicológica de la ira se transforma en «impulsividad» obsesiva. Por otro lado, la formación reactiva puede considerarse como el proceso que marca la transformación de la gula en ira, pues la autoindulgencia de la gula puede considerarse la actitud más evitada del perfeccionista, cuyo carácter es el menos autoindulgente de todos, el más altamente dotado de una «austeridad virtuosa».

La postura activa y autoconfiada de la ira no es sólo una cuestión de represión de las necesidades orales pasivas, sino una transformación, ya que podemos considerar la ira como un modo alternativo de satisfacer la propia necesidad de amor subyacente, pero no mediante una regresión hedonista, sino mediante una progresión antihedonista hacia un autocontrol prematuro y un aumento de la tolerancia ante la frustración. En lugar de ser una mera cuestión de renunciar a las expectativas orales, como puede parecer superficialmente, el caso de la ira consiste en que las expectativas son asumidas asertivamente, siendo al mismo tiempo racionalizadas como exigencias legítimas. De acuerdo con este análisis, pues, la formación reactiva tanto genera ira como supone una defensa contra su reconocimiento, además de constituir el mecanismo subyacente al perfeccionismo, la moralidad, la benevolencia consciente, la crítica «bienintencionada», la ética antihedonista del trabajo duro, etc.

5. Observaciones etiológicas y otras consideraciones psicodinámicas²⁰

²⁰ Según Oldham y Frosch, comentando lo que escriben Cooper y otros sobre la personalidad compulsiva en "*Psychiatry*", algunos estudios sugieren que "un factor genético pueda predisponer al desarrollo de los rasgos obsesivos". También muchos clínicos, desde Freud hasta la fecha, han afirmado que los factores constitucionales juegan un papel en el desarrollo de este tipo de desorden. Los autores citan a Rado, quien afirma que "los pacientes compulsivos presentaban constitucionalmente cantidades excesivas de rabia que les impulsaban a establecer confrontaciones de poder con otros desde edades tempranas". También podemos citar a Erikson, que sostiene que "de niño, el futuro paciente compulsivo o bien era intrínsecamente autónomo en exceso o bien era objeto de una reprobación o control desmesurados por parte de sus padres." Y concluye que "en la literatura clínica actual, lo que se propone con mayor frecuencia como psicodinámica de este tipo de desorden no son sino variaciones de esta última formulación." Otra cita que incluyen aquellos autores es la de Ingram, cuando dice que "la necesidad de control del paciente compulsivo es un indicio de su identificación con unos padres autoritarios." Millon pensaba que estos pacientes "necesitan mantener a raya sus impulsos, principalmente los hostiles, a causa de haber tenido unos padres hipercontroladores." Y Lidz afirmaba que "uno podría suponer, por ejemplo, que los padres de pacientes obsesivos tienden a ser obsesivos ellos mismos, incapaces de tolerar la expresión de impulsos instintivos o de muestras de autonomía en sí mismos o en sus hijos..." (Cooper, Arnold M., M.D., Allen J. Frances, M.D., y Michael Sacks, M.D., "*Psychiatry*" vol. I, *The Personality Disorder and Neurosis*, New York, Basic Books, 1990).

En términos generales, tengo observado que los individuos del eneatipo I son pícnicos y, en su mayoría, mesoendomorfos ectopénicos²¹. No obstante, hay excepciones, sobre todo entre los del subtipo social, que tienden a ser atléticos pero esbeltos y nervudos. Cabe pensar que la agresividad propia del eneatipo I se apoya en lo somatotonía de su innato temperamento.

Freud, que fue el primero en observar la disposición de carácter que aquí etiquetamos como eneatipo I, fue también el primero en formular una teoría sobre la etiología de la misma, a saber, la teoría del entrenamiento en el uso del retrete, según la cual la excesiva preocupación por la limpieza y por el orden, así como también la retentividad propia de los individuos que presentan una "personalidad anal", se explican como resultado de una exigencia prematura o exagerada de limpieza durante el período de aprendizaje de los hábitos relativos al uso del retrete, y cabe comprenderlas también como un intento de negar por sobre-compensación el deseo irritado de ensuciar y de saltarse todo control. La observación psicoanalítica posterior reconoció asimismo que el individuo "retentivo" abriga un deseo ("oral agresivo") de ensuciar y de escapar al control, y que se defiende del deseo prohibido con un aire de "buenecito" ultraformal y supercompensatorio.

Esta teoría ha sido revisada después de Freud, sobre todo por Erikson, quien sostiene que el tema del control de los esfínteres no constituye el único foco del hipercontrol parental y la rebelión consiguiente, sino que esto también se aplica a la locomoción, cuyo aprendizaje tiene también lugar en el mismo período. Por debajo de ambos, afirma Erikson, está el tema de la afirmación o sobreafirmación de la propia autonomía. Creo que podríamos incluso ir más allá y afirmar con Fromm que ésta, como cualquier otra orientación de la personalidad, constituye una forma de enfrentarse a la vida, en general, y que surge en respuesta a una situación que va más allá de lo relacionado con el control de los esfínteres: una situación generalizada de exigencias y frustraciones excesivas relativas al reconocimiento. He aquí lo que un grupo de personas pertenecientes a este carácter declaran con respecto a su origen en sí mismos:

"La casi totalidad estuvimos de acuerdo en que todos asumimos responsabilidades muy tempranas. No es que nos las dieran, pero nosotros las asumimos. Muy temprano en la infancia, desde los tres años, recordaban algunos, y la mayoría antes de los nueve años, cosa que por supuesto continuó luego a lo largo de la adolescencia y la vida adulta. A menudo se trataba de estar allí, cuidando de los niños, quiero decir ocupando el lugar de quien se ocupa de que los niños coman, o se vistan o vayan a donde tienen que ir. Algo así como asumir un poco, o mucho, el papel de la madre, y luego, en nuestro deseo de ser reconocidos, casi todos sentíamos que por más que nos esforzáramos en hacer las cosas e intentáramos una y otra vez ser mejores, haciéndolas porque queríamos obtener algún tipo de aprobación o reconocimiento por parte de nuestros padres, *nunca* lo obteníamos."

Incluso así, podemos seguir hablando de la situación de aprendizaje del uso del retrete como paradigmática y simbólica de este orden de personalidad, ya que el perfeccionista no sólo se desarrolla al hilo de estrictas exigencias que le inducen a esforzarse duramente por alcanzar los comportamientos que de él se esperan y a ejercer un riguroso control sobre su propio organismo,

²¹ Esto es, musculados, pero con rasgos redondeados y no delicados ni frágiles.

sino que es también alguien que internamente se rebela con irritación contra todo control externo e internalizado, y que ha aprendido a alienarse de su propia conciencia y a inhibir las manifestaciones de su rabia a través del mecanismo de la formación reactiva.

Resulta fácil rastrear en el perfeccionista la motivación de esforzarse duramente, hasta una temprana experiencia de insatisfacción afectiva, a partir de la cual intentar ser mejor representa una esperanza de alcanzar mayor aprobación o intimidad por parte de alguno de los padres. Más tarde en la vida, sin embargo, ese esforzarse conlleva también una implicación competitiva, como si dijera a su padre o a su madre: "Voy a ser mejor que tú y a elevarme por encima de tu capacidad de evaluarme. ¡Ya lo verás!". Hay venganza en esta devolución, que no sólo pone en el éxito una esperanza sino también un acento de reclamación y de denigración vengativa.

Observo que el eneatispo I es algo más frecuente en las mujeres. Y entre ellas tengo observado que la figura parental por cuyo amor se pelea más la niña y a la que percibe como fría es con mayor frecuencia la del padre. No obstante, aparte la atmósfera de escasez de muestras amorosas, hay también en el esfuerzo perfeccionista un elemento de modelaje, una adopción que el sujeto hace de la personalidad perfeccionista y esforzada de uno u otro de los padres. A menudo, en la familia del perfeccionista, hay un padre o una madre perfeccionistas, y cuando no, hay por lo general un padre super-cumplidor con la obligación, perteneciente al eneatispo VI (subtipo que tiene mucho en común con el perfeccionista exigente).

La situación general es de exigencias excesivas unidas a un escaso reconocimiento, de modo que el niño se vio obligado a esforzarse más y más en una atmósfera de frustración continua.

Mi impresión es que una madre superacomodaticia (eneatispos IX o VI) puede contribuir a hacer más ilimitado el poder de un padre superexigente y distante. Parecería que en estos casos una madre excesivamente simbiótica o tímida estaría traicionando a su hijo a causa de su necesidad comparativamente mayor de acomodarse a su en exceso exigente compañero.

La respuesta del individuo a la situación descrita hasta aquí implica no sólo una actitud de decir "¿Ves qué bueno soy?, ¿vas a quererme ahora?", sino también otra de reclamar reconocimiento o afecto apelando a la justicia moral, esto es, de protesta: "Mira qué bueno soy, *me debes* respeto y reconocimiento." A fin de ganar ese respeto y reconocimiento que echa en falta (primero por parte de los padres, y luego por parte de la gente en general), el niño aprende a convertirse en un pequeño acusador de sí mismo, así como en un moralista especializado en hacer cumplir las reglas a los demás.

Como resultado de este proceso, la búsqueda de amor que sirvió de detonante del desarrollo perfeccionista se convierte en búsqueda de lo justo y de la respetabilidad, que es lo que caracteriza a este estilo de personalidad duro y distante, interfiriendo con la satisfacción de su aún latente, aunque reprimida, necesidad de ternura.

6. Psicodinámica existencial

Antes de considerar la psicodinámica existencial del eneatispo I, sería bueno reiterar el postulado que debe vertebrar el examen de los nueve caracteres del libro: que las pasiones surgen de

un fondo de oscurecimiento óptico; que la pérdida de una sensación de Yo-soy mantiene un anhelo de ser que se manifiesta en las formas diferenciadas de las nueve emociones básicas del ego.

En el caso del eneatispo I, la proximidad del carácter al de la pereza psicoespiritual (en realidad, el hecho de ser un híbrido entre ésta y el orgullo) hace del elemento de oscurecimiento óptico algo cercano a lo más destacado de su estilo psicológico. Es decir, que en la actitud vital del eneatispo I hay una pérdida del sentido de ser que, como en el caso de los tres caracteres de la parte superior del eneagrama, se manifiesta como una «inconsciencia de la inconsciencia»²², lo cual les proporciona una particular autosatisfacción, opuesta al sentimiento de carencia o a la «pobreza de espíritu» de los caracteres de la parte inferior del eneagrama. La insatisfacción inconsciente, sin embargo, se transforma en la más ardorosa de las pasiones y, aunque ignorada por la inconsciencia activa, subyace en la cualidad de las relaciones interpersonales.

Aunque, como se verá, el oscurecimiento óptico implica una especie de embrutecimiento psicológico en el caso de la psicología de los eneatispos VIII y IX, en el eneatispo I esta tendencia está encubierta por un excesivo refinamiento. Se podría decir que la formación reactiva también tiene lugar en el nivel óptico: la deficiencia óptica percibida se transforma en estímulo para la compensación a través de actividades que pretenden mantener la falsa abundancia. La principal actividad prometidora de abundancia para la mente del eneatispo I es el decreto de la perfección. Podríamos decir que, precisamente en virtud de este oscurecimiento, la búsqueda del ser puede convertirse en una búsqueda sustitutiva de llevar una buena vida, según lo cual la conducta se ajusta a un criterio de valor extrínseco. Sin embargo, los iracundos necesitan especialmente comprender la siguiente afirmación de Lao-Tse:

*«La virtud (Te) no busca ser virtuosa;
precisamente por eso es virtud.»*

En otras palabras: la virtud, al no ser «virtuosa», es virtud.

No obstante, sería demasiado simple decir que el sustituto del ser en el eneatispo I es la virtud, porque algunas veces la cualidad de la vida no es tanto la moralista, sino la de «corrección», la cualidad de una perfecta correspondencia entre la conducta y un mundo de principios, o una perfecta correspondencia entre la conducta y algún código implícito o explícito.

En conjunto, se puede afirmar que la percepción preconsciente de la escasez de ser y la imaginación de la destructividad y el mal en el eneatispo I es compensada por un impulso de ser una «persona de carácter»: alguien dotado de una superestabilidad, una cierta fuerza para resistir las tentaciones y permanecer siempre dentro de lo correcto. También, la pérdida de ser y de valor mantiene una actividad destinada a dar la impresión de alguien apreciable, lo cual, como hemos visto, se busca mediante una especie de culto a la bondad y al mérito.

Dentro del conjunto de anécdotas de Nasrudín, puede reconocerse al eneatispo I en el gramático a quien Nasrudín, como barquero, transporta a la otra orilla. Al contestar Nasrudín con un lenguaje incorrecto a una cuestión del gramático, éste pregunta: «¿No has estudiado gramática?» Ante la respuesta negativa de Nasrudín, el gramático manifiesta con recta y concienzuda satisfacción: «Has perdido la mitad de tu vida». Más tarde, Nasrudín pregunta al gramático: «¿Sabe nadar?», y al responder nuestro recto gramático negativamente, Nasrudín exclama: «Entonces, ha perdido *toda* su vida, porque nos estamos hundiendo».

El chiste alude mordazmente a la disociación entre la «mentalidad de gramático» y la vida. Ha tenido lugar un proceso de rigidificación y pérdida del significado a través de una preocupación excesiva por la forma y el detalle. Incluso cuando lo que se persigue es la bondad más que la corrección formal, como la de las cuestiones académicas, más allá de la amabilidad conscientemente cultivada hay una frialdad que implica tanto falta de amor como insustancialidad o pérdida de ser.